

CLAUDIO FUENTES SAAVEDRA

¿CUÁNDO SE JODIÓ CHILE?

Memorias para la democracia

Catalonia

Prólogo

Jorge Baradit

Un par de años después de la masacre de obreros de la Escuela Santa María de Iquique, la clase política chilena se enteró que el entonces ministro del interior y responsable directo de la matanza, Rafael Sotomayor, hijo del prócer de la Guerra del Pacífico, tenía intereses económicos en las oficinas en huelga de aquel entonces. Es decir, quien ordenó al general Silva Renard detener el paro de los obreros del salitre a sangre y fuego, tenía un conflicto de interés gigantesco al momento de actuar de la manera horrorosa en que lo hizo. Sotomayor estaba perdiendo plata con la huelga de los rotos alzados, como se les decía en esos años. El Congreso armó una comisión que investigó el asunto (sí, una comisión) que al cabo de algunos meses entregó un veredicto vago que terminó dejando la situación, por supuesto, en nada. Una de las masacres en tiempos de paz más grandes de la historia reciente en el mundo, quedó sin responsables a pesar de estos antecedentes.

Conuerdo con el autor en que Chile no se jodió en estos últimos años, sino que nació jodido. Las mismas prácticas espurias que hoy condenamos fueron siempre parte integral de nuestra porquería de democracia. El cohecho, el chantaje, los conflictos de interés, la cooptación y la corrupción han sido el paisaje usual sobre el que levantamos esta copia feliz del Edén.

Establecido el punto, cabe preguntarse qué hace distinto lo que vivimos hoy de aquello que al parecer hemos padecido siempre. Quizá aventurar algunos puntos. Primero uno de orden tecnológico, la posibilidad de acceder a una enorme cantidad de información al respecto y de compartirla rápidamente y en tiempo real saltándose los cercos informativos y los cortafuegos de las elites. Hoy se sabe todo y lo saben todos rápidamente; se transparenta todo, hay cámaras en todos lados, los emails de todos se hackean y hay capacidad de procesar

y discriminar las ingentes cantidades de información que arrojan los movimientos bancarios, los desvíos de dinero y las cuentas en paraísos fiscales. Las prácticas puertas adentro se volvieron públicas y son enjuiciadas por el sentido común de una ciudadanía espantada a la que poco le importa el marco legal o las culturas internas. Las paredes se volvieron transparentes, se encendió la luz en la habitación oscura de los murmullos, se levantaron los manteles y se descorrieron las cortinas de cada transa, cada arreglín, cada coima, y corren como reguero de pólvora por redes sociales. La *transparencia forzada* a la que están sometidas las elites las expuso a la opinión pública como nunca antes en el reality show más carnicero, que tuvo quizá su momento *peak* en el juicio PENTA, donde la oligarquía nacional vio con horror y por cadena nacional lo impensable: a uno de los suyos, Carlos Alberto Délano, expuesto al escarnio público, esposado e ingresando a la cárcel como cualquier delincuente.

La exhibición pública de múltiples prácticas consideradas aceptables en ámbitos cerrados desató la indignación y la palabra *privilegio* se convirtió en la piedra de tope que enardece a la multitud. Pareciera que finalmente los chilenos se tomaron en serio ese invento tan reciente de nuestra civilización que afirma que “todos somos iguales” y se ha propuesto hacerlo valer.

A las elites le descorrieron la cortina como al mago de Oz, pero en el centro de un Estadio Nacional repleto. La ciudadanía está teniendo acceso a un Watergate sin fondo, la demolición sin freno de toda credibilidad institucional con nuevos capítulos cada día que se han ido convirtiendo en droga para una plebe hambrienta de revancha contra los privilegiados. Material hay de sobra, doscientos años de material, de hecho. Una enorme lista de deudas históricas y malas prácticas endémicas que hoy les explotan en la cara.

Pero ni siquiera pueden dialogar con esa multitud, el ánimo bastillesco de nuestra sociedad piensa con las vísceras. Fue capaz incluso de hundir el bote sobre el que navegaba antes que tolerar los posibles privilegios del retoño de la máxima autoridad. La misma clase política propició esta turba despolitizada con la que hoy le resulta imposible entenderse, ola punk que no quiere entender nada, que “no sabe lo que quiere, pero lo quiere ya” y se dispara en los pies si es necesario, devorando a su creador. Manejan más información, ahora saben de las mil maneras en que la han estado estafándolo y quiere revancha.

“[Chile] se jodió cuando negocios y política llegaron a ser parte de lo mismo”, dice en la página 27. El autor sabe, por supuesto, que en Chile SIEMPRE fueron prácticamente lo mismo, en algunos momentos de nuestra historia llevado a extremos ridículos. Quizá los hechos del último tiempo no son más que la regularización de una relación política-dinero de siempre. La diferencia está en el hecho agravado, porque los protagonistas de esta reanudación de relaciones son los mismos que protagonizaron la última gran epopeya de nuestra historia: la lucha contra la dictadura. Cuánto más grave e indignante es verlos bajarse los pantalones frente a los asesinos de sus propios parientes.

Es cierto que nuestra oligarquía tiene todos los mangos de todos los sartenes, y que su lucha de siempre ha sido mantener un estado de cosas similar al de la colonia con ellos en la cima. Lo que ocurre hoy es un ajuste recurrente: los que quisieron cambiar las cosas terminan siendo acogidos y absorbidos por la elite, invitados a los amplios salones del Congreso para *cambiar las cosas desde adentro*. Desde ahí, todo se termina tratando de pequeños remiendos y concesiones, reformitas y saludos a la bandera, siempre y cuando no muevan mucho el piso de nuestra idolatrada estabilidad porque ahí se entra en el chantaje, la amenaza, el soborno o la simple manipulación de la ley. Hay que recordar que la Constitución del 25 consagraba el voto único como forma de combatir el cohecho, pero cuando en algunas comunas de Santiago ganaron candidatos de izquierda cundió el pánico y un decreto hizo regresar sistemas más seguros de estafa y manipulación para dejar tranquilos a los conservadores y sus inquilinos del Congreso. Cuando en raras ocasiones se han intentado reformas profundas reales, aparece el terror, el descontrol y los Hawker Hunters de distinta naturaleza, marca CAVAL a veces. Porque la elite siempre ha solucionado la inestabilidad propia de un pueblo que busca su destino, devolviéndole el poder a la oligarquía con mayor o menor violencia. Desde cierto punto de vista la historia de Chile se podría dibujar como la de un pueblo ansioso de reformas que le den un mínimo de dignidad, aplastado una y otra vez por un Estado que resuelve sus conflictos con violencia, que ve en el desborde social una enfermedad que hay que detener y no un síntoma que hay que atender.

Este libro da en el clavo. Va al año 1850 para entender un hecho de 1990, retoma lo ocurrido a comienzos del siglo XX para iluminar la crisis de nuestra década. Entiende que la historia es política y debe discutirse como parte de los ingredientes del diálogo actual siempre.

Aunque suene de perogrullo la perspectiva histórica es fundamental para el análisis del hoy más contingente. Porque doscientos años son un pestañeo, la batalla de Lircay ocurrió ayer. Lo que hicimos o dejamos de hacer a lo largo de nuestra cronología mueve el oleaje hasta las costas del presente como un suave vaivén o como marejadas inquietas. Entender las dinámicas de nuestra historia, esos cuatro o cinco conceptos que se repiten una y otra vez majaderamente, casi con la misma regularidad con que los olvidamos, es fundamental. Si no sabemos quiénes fuimos, no sabemos quiénes somos. Y si no sabemos quiénes somos, difícilmente podremos decidir qué queremos y qué no para nuestro futuro.

Hoy, esta crisis la vemos como un ajuste de cuentas hacia las elites de un pueblo hoy más informado –aunque menos disciplinado–, más consciente de los mecanismos espurios que mueven el poder bajo la superficie, entendiendo que las instituciones lo abandonaron, pero que más que dejarlo solo empezando a ver que están *juntos*. Levantando una factura larga que busca cobrar nada más y nada menos que la promesa inicial: que después de doscientos años, nuestro país deje de ser un fondo colonial y pase a ser de una vez por todas la república democrática que alguna vez soñaron algunos padres de la patria: solidaria, inclusiva y respetuosa de todos sus hijos.